

LA ERUPCIÓN DE CHIMANFAYA (1730-1736): UN ANÁLISIS ARQUEOHISTÓRICO

Pedro Quintana Andrés
José de León Hernández

Afrontar una perspectiva interdisciplinar en el análisis histórico de las erupciones volcánicas del siglo XVIII y de sus consecuencias posteriores en planos tan complejos como la economía, la política, la demografía, la sociedad isleña inmediatamente posterior a aquellos acontecimientos, es una tarea de sumo interés en la perspectiva de complementar datos, informaciones desde distintas fuentes de conocimientos. Esta perspectiva es especialmente necesaria para hacernos una idea aproximada de la enorme transformación del territorio insular, especialmente de la zona central que fue la más afectada por las erupciones, y donde las fuentes arqueológicas y el trabajo directo de campo, presentan limitaciones muchas veces insalvables.

En este sentido, el análisis geográfico de aquel período no sólo lo podemos observar desde las fuentes documentales, sobre todo a través de los protocolos notariales, audiencias, etc., que nos dan cuenta de la evolución de los núcleos de población, de movimientos migratorios internos, etc., sino que la arqueología puede contribuir a contrastar esas informaciones en los restos de la cultura material presentes aún en algunas partes del territorio estudiado.

Es evidente la dificultad de llegar a algún conocimiento empírico sobre una vasta porción del espacio físico de la isla anterior a 1730, en la medida que fue cubierto por ingentes cantidades de lavas y cenizas. No ocurrió lo mismo con el territorio recién creado, o con aquel que se transformó debido a las erupciones, o bien que lo hizo de forma indirecta gracias al importante esfuerzo de la población por suplir las carencias de recursos debido a las consecuencias de la actividad volcánica (sobre todo suelos fértiles, zonas de pastos, etc.). Fruto de ese esfuerzo fue el milagro económico producido con la puesta en cultivo de las zonas cubiertas por piroclastos, la creación posterior de enarenados artificiales, o la ocupación de nuevas tierras hasta ese momento incultas o especializadas en actividades ganaderas. Muchos de esos factores pueden observarse no solo en la información documental que hemos trabajado para este trabajo, referenciadas a lugares como La Geria, Masdache, Testeina, etc., sino en la realidad empírica que hemos extraído en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en algunos sectores de esos mismos lugares.

A continuación, vamos a desarrollar la evolución económica de la isla durante las erupciones y en los años inmediatamente posteriores, hecho que, pese a las consecuencias catastróficas del fenómeno volcánico, no parece que supuso, a corto y medio plazo, un crack económico ni demográfico.

Durante el siglo XVII y las primeras décadas del Setecientos, la isla de Lanzarote fue un espacio relevante en la construcción de la formación social regional y de su modelo de complementariedad económica. La producción de la isla -cereales, ganado, sal, cal, orquilla- se dirigió en un elevado porcentaje hacia la exportación, consolidando esos capitales los patrimonios de un reducido grupo de poder beneficiado por la desigual distribución de la

renta. En el Seiscientos, el incremento de terrenos destinados al vidueño en las islas de Tenerife y La Palma implicó un aumento de la demanda de cereales -crecimiento en los efectivos demográficos y pérdida de tierras destinadas a la producción frumentaria-, cuya incidencia más relevante en Lanzarote fue la extensión de las roturaciones y ampliación de las vegas cerealeras, además de la fundación de nuevos núcleos de población o el crecimiento de otros (Revolcaderos, El Rodeo, Maso, Santa Catalina, El Chupadero...).

Las crisis agrarias registradas durante las primeras décadas del Setecientos tuvieron gran repercusión en la caída de los efectivos poblacionales, el aumento del flujo migratorio o en el reforzamiento de la posición socioeconómica del grupo de poder local.¹ En vísperas del primer episodio volcánico datado en 1730, una vez más los vecinos de Lanzarote sufrían el inicio de otra recesión a causa de la pertinaz sequía iniciada en el invierno de 1727, registrándose ya una fluida salida de población a comienzos de 1730. La erupción del volcán llamado de Las Lapas o Del Cuervo, cercano a la próspera aldea de Chimanfaya, junto a otros surgidos con relativa rapidez, cubrió con sus lavas y piroclastos más de veinte lugares de población y anegó unos 150 kilómetros cuadrados de algunas de las tierras más fértiles de la isla. La actividad volcánica comenzó el 1 de septiembre de 1730 y se prolongó hasta el 16 de abril de 1736, aunque el proceso tuvo diversas fases de variada intensidad a lo largo del sexenio.² Los efectos sobre la población y la economía insular fueron considerables, sobre todo a causa de la ingente emigración de mano de obra y la pérdida de extensas parcelas de terreno fértil.³ La situación de los desplazados a Fuerteventura, principal área de recepción inmediata, o hacia otras zonas de Lanzarote, fue precipitada y problemática ante la escasa ayuda económica prestada por las instituciones locales o foráneas.

La necesidad de volver a la normalidad, buscar nuevas áreas de cultivo, recuperar parte de las perdidas -en especial aquellas cubiertas por el lapilli o arena- o la construcción de nuevas áreas de hábitat se convirtieron en una constante para una población que estará durante largo tiempo en plena convivencia con un volcanismo episódico y restringidos a determinadas áreas. Evitar la despoblación de la isla fue una preocupación de las autoridades locales, las instituciones regionales y de la propia Corona, siendo quizá este aspecto el motivador de las decisiones de la Real Audiencia de Canarias de facilitar el reparto de tierras comunales, realengas e, incluso, señoriales dedicadas desde las etapas iniciales de la colonización a la ganadería. Los primeros vecindarios en demandar soluciones a las necesidades de sus habitantes (San Bartolomé, Mancha Blanca, Tingafa, La Asomada, La Geria y Tinajo), serán algunos de los núcleos de asentamiento de una amplia fracción de la población pero también de la elite insular, beneficiaria directa en los repartos de tierras.⁴ En la temprana fecha de 1731, tras las primeras etapas de incertidumbre, la población manifestó su interés por el control del espacio sepultado por las cenizas volcánicas con el fin de dedicarlo a labores agrícolas en detrimento de las ganaderas. El citado año fue el inicio de una serie de actividades emprendidas en defensa de sus intereses por los representantes de los grupos vecinales, estando datados los primeros escritos presentados por los habitantes de San Bartolomé y Montaña Blanca en el citado año de 1731. La distribución de tierras sería la forma de conculcar la presumible hambruna y emigración, solicitando los vecinos romper y panificar los terrenos localizados en las Tierras Viejas del Corral de la Vega, la Hoya del Corral del Llano, en donde decían la Cueva Blanca y Lomo de Frías, además de otros parajes adyacentes.⁵ En octubre de 1733, tras resolución favorable del Cabildo de Lanzarote, la Real Audiencia entregó a roturación las citadas tierras, además de especificar el potencial uso de otras, “las que paresieran presisas”. A esta decisión de la Real Audiencia se unió la tácita aprobación del Cabildo de la isla de algunos rompimientos de tierras sin licencia a efectos de paliar la carencia de productos frumentarios en la isla. Incluso, los vecinos, adelantándose a

cualquier acción de las instituciones e intuyendo el consentimiento, ya habían amojonado gran parte de los terrenos a repartir, mientras el resto de los entregados por las autoridades quedaron incultos al situarse en un lugar de enarenado, sin hierba alguna para el ganado e imposibilitados de cultivar.⁶

Las parcelas distribuidas fueron las tierras sepultadas por una escasa o mediana capa de lapilli (el espesor oscilaba entre el medio metro y los tres) donde, tras excavar, se localizaba el suelo originario. En ellas se lograba cultivar, tras realizar una serie de labores en la tierra ya conocidas en su conjunto desde antaño en algunas comarcas en el norte de la isla,⁷ un variado número de productos que diversificaron la dieta, abarataron costes de importación y lograron multiplicar las cosechas desde 1734, pues las fuentes consultadas mencionan de forma reiterada la bondad de las recolecciones en dichas tierras sepultadas bajo las cenizas de los volcanes. De este modo, el paisaje agrario de Lanzarote se vio desde este período transformado en un primer momento con lentitud para, en la siguiente década a las manifestaciones volcánicas, acelerarse la explotación de tierras y la roturación de otras incultas hasta ese momento. La agricultura tradicional insular basada en la explotación del suelo natural, el uso de gavias o el jable, se diversificó ahora con la aportación de los enarenados naturales y, más tarde, con los artificiales, como se puede aún observar en amplias zonas del municipio de Tinajo (El Tablero, Yuco, etc.). En los enarenados se cultivaron viñas, árboles frutales -moreras, higueras, granados- maíz y papa. La repentina riqueza permitió el desarrollo de un importante policultivo de abastecimiento al mercado insular, la disminución de la dependencia exterior de ciertos productos -millo o vino-, la intensificación de los esfuerzos en cultivos generadores de mayor rentabilidad, caso de la vid o de la recolección de la barrilla, y la amortiguación de los efectos de las crisis de subsistencia entre la población, aunque no se pudieron evitar en ciertas etapas de gran hambruna los habituales desplazamientos de los vecinos más pobres hacia las islas de realengo, aunque la población era consciente que

a más de lo que producía la Ysla ante de los bolcanes, en los años de 1730, quassi era sólo pan y carne, tiene y produze al presente y por el veneficio de las arenas de dichos volcanes, vinos, legumbres, millos, papas, calabazas, patatas y otras ortalizas. Y también muestran las primizias de sus óptimos frutos varios árboles de que van haciendo copiosas plantas como son morales, olivos, palmas y otros frutales como mansanos, perales, cirueleros, albergigos, guinderos, cidreros, etc.⁸

La riqueza insular se puede observar en el auge de las recaudaciones del diezmo, pues desde la década de los cuarenta los efectos de las recesiones quedaron en gran parte amortiguados, como se ha citado, salvo en las crisis estructurales generalizadas del sistema. A comienzos del volcanismo, las cosechas se vieron afectadas con una caída en la recaudación o su total cese, tal como aconteció en 1731. La reducción de la superficie de suelo cultivado, la falta de mano de obra o las cuantiosas pérdidas de infraestructuras básicas para la producción (aperos de labranza, gañanías, vías de comunicación, aljibes) fueron aspectos decisivos en la fluctuación de las recaudaciones. En todo caso, las cifras aportadas por los diezmos de cereales recaudados en Lanzarote durante el período de las erupciones de los volcanes no indican considerables retracciones en las cantidades recogidas, al no afectar los episodios de mayor virulencia al unísono a todas las áreas ni con la misma intensidad. En cambio, sí se observa a partir de 1734 un notable incremento en el volumen de cereales recogidos gracias a la formación de nuevos depósitos piroclásticos (arenas volcánicas) formada por nuevos conos que entran en erupción (Volcán de las Nueces, Caldera Colorada, volcanes del Macizo de Timanfaya, etc.) y a la progresiva introducción de los enarenados artificiales en el agro lanzaroteño.

A través de la ponderación de las cifras aportadas por los diezmos se comprueba una evidente recesión durante las épocas de crisis agrarias mientras que, en el sexenio del volcanismo, las producciones se mantienen dentro de unos porcentajes medios altos, salvo el año 1731 a causa del desconcierto de la población. El análisis de los diezmos de ganados y queso en Lanzarote permite corroborar la anterior aseveración, así como comprobar que en algunos momentos de posible reactivación virulenta de las erupciones las recaudaciones decaen. La tendencia de los años treinta corrobora un progresivo incremento de las rentas eclesiásticas favorecida por los altos rendimientos agropecuarios en la isla. Los estudios efectuados hasta hoy hacen especial hincapié en una clara disminución de cosechas y ganados en los períodos de crisis agrícolas durante las fases pretéritas a las citadas erupciones, recesiones propiciadas por los efectos meteorológicos, mientras que en la fase temporal estudiada esta situación no llegó a afectar tan drásticamente a la producción, pese a considerarse históricamente una etapa catastrófica. Al unísono, se comprueba cómo una fracción de las áreas afectadas por las lavas y lapilli rápidamente se reactivaron con la intensificación de la producción, al cultivarse un sustancial porcentaje de las tierras cubiertas por las finas capas de ceniza. La catástrofe natural y humana inicial dio paso en un reducido período temporal a un desarrollo creciente de una sociedad y economía cuya tendencia anterior era de creciente ralentización.

AÑOS	QUESOS	M	GANADOS*	M+	AÑOS	QUESOS	M	GANADOS*	M+
1720	115.000	66,8	65.000(2)	22,0	1730	198.000	115,1	127.500(1)	49,2
1721	130.000(1)	75,5	190.000	64,4	1731				
1722	134.500	78,1	182.500	70,4	1732	201.500	117,1	282.250	108,9
1723	155.000	90,1	318.000	122,7	1733	223.000	129,6	305.000	117,7
1724	224.500	130,5	548.000	211,5	1734	210.000	122,0	276.000	106,5
1725	212.500	123,5	445.000	171,8	1735	147.500	85,7	260.500	100,5
1726	142.000	82,5	390.000	150,5	1736	259.500	150,8	321.500	124,1
1727	21.000	12,2	324.500	125,2	1737	190.000	110,4	297.500	114,8
1728	189.000	109,8	403.000	155,5	1738	102.500	59,3	135.000	52,1
1729	230.500	134,0	350.500	135,3	1739	189.000	109,8	295.000	113,8
					1740	165.000(1)	95,9	399.500	154,2

Tabla I. Evolución de los diezmos de ganados y queso en Lanzarote entre 1720-1740 (diezmos en maravedís).

Fuentes: Protocolos Notariales. Elaboración propia.

+ Media 1720-1740: Quesos: 172.000 Ganados: 295.000

** El diezmo de quesos incluye el recogido en los partidos de Teguiise y Haría. El diezmo de ganados está integrado por las rentas rematadas de cabritos, cabritas, corderos y, esporádicamente, ganado salvaje.*

(0) Número de diezmos que faltan en la relación, no recogidos por no realizarse el remate, estar deteriorado el legajo, no localizarse en las fuentes consultadas, etc.

En el año 1734 se experimenta un retroceso en la cuantía de los remates, al reanudarse a fines de 1733 la intensidad de las erupciones y, sobre todo, la extensión de las coladas (volcán de las Nueces), influyendo en la retracción general del volumen de las rentas. La bonanza económica en la isla, pese a persistir los efectos de los volcanes, se refleja en años como el de 1736, cuando los porcentajes de recaudación para el diezmo de quesos son superiores a los registrados para cualquier anualidad comprendida entre 1720-1740, mientras que las rentas de ganados durante ese año se situaban por encima del 24% de la media general en ambos decenios.

El incremento productivo se debió a diversos factores: el retorno de un alto porcentaje de la población desplazada a otras islas -a Fuerteventura se dirigieron unos 2.000 habitantes, casi la mitad del vecindario insular-;⁹ a la rápida puesta en explotación de las parcelas cubiertas

ligeramente por el picón o arena; a la posibilidad de trasladar el ganado de una zona de pasto a otra sin grandes obstáculos físicos; al aumento de la demanda interna y externa de bienes de consumo; la puesta en cultivo de parcelas tradicionalmente abandonadas y la intensificación de la explotación de otras; la ampliación de los límites de las rayas de división tradicionales en detrimento de las áreas de pasto, etc.

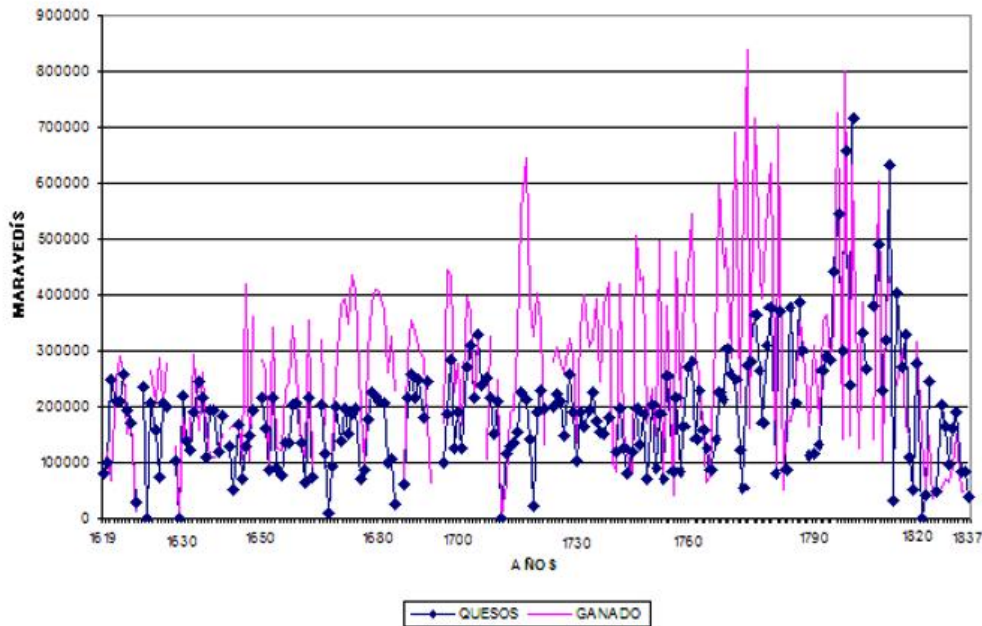


Gráfico I. Evolución del diezmo de ganados y quesos en Lanzarote entre 1619 y 1837.

La recaudación eclesiástica de cereales en Lanzarote experimentó una recesión en su volumen total recaudatorio tras el otoño de 1730, fase primigenia de las erupciones, y durante la cosecha del año 1731, sobre todo si la renta general es comparada con la de 1729, año excepcional en la tributación de cereales, aunque tuvo su colofón en la crisis agraria de comienzos de la siguiente década. Las medias productivas disminuyen por debajo del índice 100 el año 1730, achacables en parte a las condiciones climatológicas que afectan a la isla, pues cuando el primer volcán inició su fase más virulenta la recogida de cereales estaba casi finalizada y ya almacenado el producto en las diferentes cillas. A partir de dicho año, los porcentajes de producción aumentan o se sostienen, salvo en el año 1734, fase en la cual se produce una generalizada alarma en el vecindario tras el incremento y extensión espacial de las manifestaciones eruptivas. La retracción en las recaudaciones cosecheras más destacada fue la registrada para la cebada blanca con menoscabos de hasta un tercio de producción entre 1729-1731, mientras que el trigo se rebajó casi a la mitad en ese período para, inmediatamente, recuperar sus rendimientos habituales en las sucesivas anualidades.

AÑOS	TRIGO		CEBADA BLANCA		CEBADA ROMANA		CENTENO		%*
	Fanegas	Celemines	Fanegas	Celemines	Fanegas	Celemines	Fanegas	Celemines	
1720	1.349	6	4.006	3	455	1,5	187	6,5	53,3
1725	2.938	5,5	8.840	5	1.116		213	11	116,6
1726	580	9	1.596		137	0,5	127	9,5	21,7
1727	3.597	6	9.564	11,5	1.601	7,5	123	9,5	132,4
1728	2.536	4	8.517	9	1.515	4,5	195	3,5	113,5
1729	3.085	3,5	11.327	11	1.900	8	290	7,5	147,7
1730	2.390	3	3.344	7,5	717	3,5	75	4	58,0
1731	1.672	9,5	3.529	10	396	2,5	95	11,5	108,7
1732	3.652	10,5	8.611	1	1.109	0,5	187	2	120,6
1733	3.893		7.499	1,5	986	11	188	11,5	111,8
1734	2.873	1,5	4.577	5,5	337	11	138	1	70,5
1735	4.960	11	8.421	8,5	634	1,5	258	9,5	127,0
1736	3.578	1	6.684	7	519	9	151	9,5	92,4
1740	3.005	4	10.657	3	199	2,5	189	9,5	125,0

Tabla II. Evolución del diezmo de cereales en Lanzarote durante 1720-1740.

Fuentes: Archivo Cabildo Catedral de la Diócesis de Canarias. Libros de Repartimiento, del Pan y de Menudos, A.H.P.L.P. Protocolos Notariales. Elaboración propia.

+ Fanegas y celemines.

** Porcentaje de la renta decimal de cereal de cada año entre la media productiva de dichos años.*

Las pérdidas de cereales fueron importantes, con drásticas oscilaciones en la cosecha de cebada a causa de las razones alegadas para el resto de cereales más los impagos de rentas por parte de los afectados, la deslocalización de los labradores obligados a las contribuciones, algunos perdones parciales de la recaudación, la desorganización generada en la labor de los hacendados y tazmiers, la retracción en el valor de los remates y en el número de los participantes, la proliferación de ocultaciones y fraudes. El 29 de diciembre de 1730, la Real Audiencia y el Cabildo de Lanzarote aportaban las cifras de una tazmia de cierta verosimilitud, la cual reducía las pérdidas productivas a causa de las condiciones meteorológicas y las erupciones a solo una cantidad inferior a la de 20.000 fanegadas de pan, al registrarse un total de 98.598 fanegas en los graneros insulares.¹⁰

La cosecha de trigo disminuyó en porcentajes extremos del 30%-35%, pese a estar afectada por la catástrofe un porcentaje de población superior al 50% del total insular, o situarse el territorio cubierto por la lava y los piroclastos en la comarca de Teguiise en el 37,6% de su extensión o en la de Yaiza elevarse hasta el 19,4%.¹¹ Los datos apuntados deben ser matizados si atendemos a los porcentajes aportados por las recaudaciones de los diezmos, al indicar un retroceso limitado en las rentas por las causas ya citadas -además de no incluirse dentro de las fanegas contabilizadas en 1730 con una gran parte de la cosecha quemada que se encontraba almacenada en la cilla de Chimanfaya-, compensado rápidamente en apenas dos años con un alza en el volumen de las fanegadas de cereales recogidas. Esto indica el regreso a la isla de un nutrido grupo de la población emigrada; la intensificación de los cultivos en otras áreas de Lanzarote, tanto por la población desplazada como por el vecindario asentado allí históricamente; la rápida reutilización de algunas zonas anegadas por el lapilli; el arribo de mano de obra temporera, la cual ayudó aún más a superar los niveles productivos de antaño; la puesta en explotación intensiva de una sustancial parte de las tierras cubiertas por el volcán en etapas pretéritas -las cuales habían sido cultivadas parcialmente gracias a la intensificación de la demanda exterior-, además de quedar una extensa fracción de las tierras más férciles, cultivadas ya desde antes del Seiscientos, libres de los efectos más destructivos del volcán.

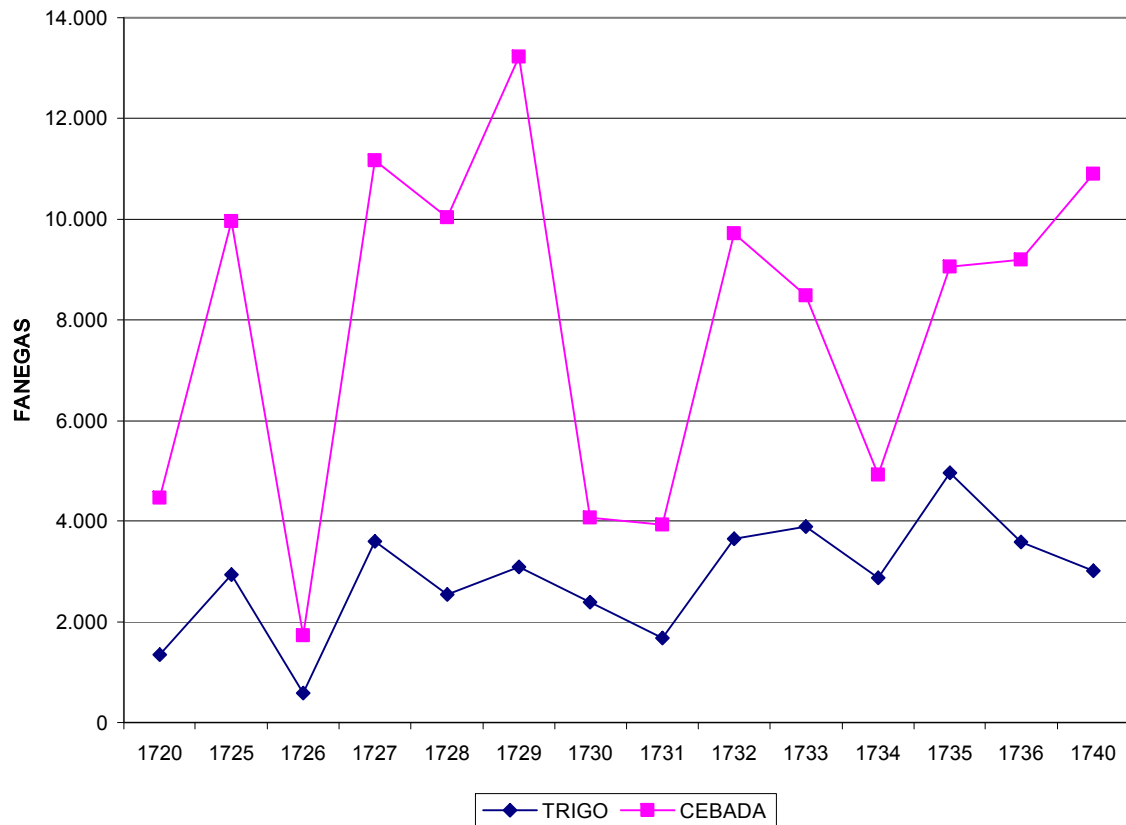


Gráfico II. Evolución de la renta eclesiástica de trigo y cebada entre 1720 y 1740.

Las cifras registradas en las fuentes consultadas permiten comprobar un efecto limitado de las erupciones volcánicas sobre la economía de Lanzarote en la década de los treinta, si se atiende al volumen de afectados y a los porcentajes generados por la producción agrícola de la isla, por contra de lo sucedido en su incidencia sobre el paisaje. La destrucción de lugares de hábitats, de infraestructuras, de términos de ganado o del espacio agrícola fue casi absoluta en la zona central de la isla, pero dicha situación no se ocasionó en un momento determinado sino que la desmantelación se ralentizó a lo largo de más de un lustro, lo cual permitió intensificar la producción en las áreas libres de las lavas y escorias, aprovechar las zonas menos afectadas por el volcán -las cubiertas por lapilli-, reinstalar a la población afectada en otras localidades limítrofes o efectuar nuevas fundaciones de núcleos e introducir de forma masiva productos como la vid que permitieron la mejora de las condiciones económicas del país. La arqueología de este territorio recién transformado atestigua la expansión de una nueva infraestructura sobre la arenas e, incluso, sobre el lajial (casas, aljibes, lagares, etc., en La Geria, Testeina, Masdache, Tisalaya, El Sobaco, Uga, etc.). A través de las rentas de los diezmos se comprueba que los efectos de cualquier crisis agraria pretérita fueron más nefastos para el conjunto de la población y su abastecimiento que el largo período eruptivo generado en la isla entre 1730-1736. Los inicios de las manifestaciones volcánicas tuvieron un efecto psicológico devastador sobre los vecinos más afectados pero, analizando sus actividades en otras islas, caso de Fuerteventura, se comprueba que dichas circunstancias en ningún momento se tomaron como definitivas, pues apenas algún emigrante se decidió a asentarse en la citada isla y, en cambio, muchos de ellos quisieron seguir administrando y disfrutando de sus bienes en Lanzarote como medio para un rápido regreso.¹²

Las primeras manifestaciones del proceso eruptivo significaron una clara disminución de las cosechas y producciones ante la huida de una parte de la población desplazada hacia otras áreas de la isla en busca de refugio o a Fuerteventura, además de la intervención de variados factores como fueron la destrucción de suelo fértil y de las infraestructuras agrícolas. Pero, en un breve espacio de tiempo, la generosidad de los terrenos, el aumento de las cosechas y la creciente demanda de bienes de consumo desde otras islas en pleno crecimiento, se erigieron en factores básicos para entender la presión ejercida sobre las tierras cubiertas por las cenizas, la intervención de los poderosos en los repartos y la creciente conflictividad generada en el seno del vecindario ante la reclamación de derechos, reconocimientos de linderos o en las alianzas familiares para acceder a mayores cotas de territorio. La multiplicación de las cosechas, la diversificación de la producción y el arribo de cuantiosas sumas de capitales en inversiones agrarias estimularon una rápida transformación de la socioeconomía de Lanzarote, convirtiéndola en uno de los espacios más dinámicos y de mayor expansión de la región durante el siglo XVIII. Una vez más, la demanda exterior generó un efecto dinamizador en el agro y jerarquía de la isla, cuya repercusión más palpable fue el choque de intereses entre los grupos sociales preeminentes por la captación de los nuevos terrenos de cultivo.

La necesidad de recomponer la estructura agraria, la búsqueda de nuevas tierras y el interés por acceder a parcelas destinadas hasta ese momento a pastos dará paso a partir del fin del proceso volcánico a una segunda fase de roturaciones y divisiones de tierras. El movimiento culmina en el último tercio de la centuria, momento de especial tensión político-social dentro de la sociedad lanzaroteña generado por los intereses particulares de las diversas parentelas de poderosos por controlar el poder y los sectores populares por el acceso a la renta agraria. Las razones de este nuevo proceso roturador, extendido hacia áreas hasta ese momento incultas, estaba motivado por la fuerte demanda de bienes de consumo exterior, la presión demográfica, los deseos del grupo de poder de incrementar sus rentas y la creciente concentración de propiedades, factores de especial relevancia para entender las escasas parcelas libres de buena calidad existentes en el mercado.

La explotación de nuevos terrenos en la isla reforzaron y elitizaron la posición económica de un reducido sector del grupo de poder cada vez más unido por lazos de parentela y por idénticos objetivos de acumulación de capitales. Para entender este segundo proceso roturador amparado en los supuestos efectos del volcán y la necesidad de búsqueda de nuevas tierras capaces de reemplazar a las antiguas, es necesario retroceder a los años centrales del Seiscientos cuando se realizaron las primeras divisiones y adjudicaciones de términos entre sus presuntos herederos que propiciaron largos litigios por el volumen de partícipes, las inexistencias de deslindes adecuados, la grave confusión en la denominación de los lugares, etc. Las reiteradas crisis de finales del XVII y comienzo de la siguiente centuria no permitieron avanzar en esta primigenia fase de distribución de términos en Lanzarote, teniendo la mayoría de los comenzados entonces la solución jurídica y su parcelación a finales del Setecientos.

La magnitud del desastre fue amortiguada gracias a las diligentes evacuaciones de vecinos y bienes materiales (aunque hubo una inicial resistencia por parte de las autoridades) y a las episódicas fases de actividad y calma generadas por las propias manifestaciones volcanológicas. Todo ello facilitó una adaptación de la población a las peculiaridades de la situación, a sus necesidades perentorias y en las necesidades productivas de la población. La actitud de una elevada parte de la población queda reflejada en el testimonio aportado en 1810 por Álvarez Rixo, el cual recogía las palabras de don Matías Rancel, escribano de la isla, cuando explicaba haber conocido a muchas personas que padecieron la erupción de 1730-1736, manifestándoles estas que tras el primer temor “tanto se fueron familiarizando con

aquel espectáculo, que como la lava parece que por razón de su densidad y pesadez y por lo llano de la tierra corría muy lentamente, los muchachos iban a jugar a ella, haciendo casitas y paredones de piedra seca delante de donde había de pasar, para verlos ir cayendo mezclándose, y sepultándose sus piedras en el encendido torrente”.¹³

El análisis de los núcleos de población sepultados por las lavas incandescentes indica que los terrenos localizados en sus inmediaciones (Chimanfaya, Maso, Santa Catalina, Jarretas, Chupadero) fueron lentamente colonizados durante el siglo XVII y, aunque al principio, no supusieron un espacio donde la densidad de población fuera lo suficientemente elevada como para crear hábitats de cierta entidad en la jerarquía urbana de la isla, en las décadas anteriores a las erupciones, algunos de estos núcleos pudieron disputar la hegemonía a los núcleos de asentamiento tradicionales e, incluso, a aldeas como Yaiza, si bien en poco tiempo esta se impone como hábitat con funciones superiores a los mencionados, además de erigirse en ayuda de curato en detrimento de esas poblaciones. Las erupciones cercenan un proceso de expansión de la zona central de Lanzarote, si bien las consecuencias económicas, como hemos visto, no parece que fueran tan graves como las habidas sobre el territorio y la infraestructura construida en él.

ANEXO GRÁFICO



Fotografía I. Vista panorámica de la zona de La Geria-Peña Palomas. Al fondo, el volcán del Cuervo, el primero en entrar en erupción.



Fotografía II. Enarenados artificiales en los alrededores de Tinajo (El Tablero – Tenésera).



Fotografía III. El Taro-Testeina. Restos arqueológicos del primitivo núcleo de población afectado por los volcanes.



Fotografías IV y V. Ermita de la Magdalena y casa de Antonio Díaz en Masdache. La expansión vitivinícola de esta zona hizo aparecer cortijos y haciendas de grandes propietarios.



Fotografías VI y VII. Restos de un viejo aljibe anterior a las erupciones debajo de las arenas históricas en La Geria y árboles frutales entre las coladas por El Taro.



Fotografías VIII y IX. Restos de antiguos lagares (Tegoyo y Los Caletones), fruto de la expansión agrícola de las zonas cubiertas por arenas.



Fotografías X y XI. Pajeros en Tinajo y antigua cilla de granos de Tegüise (fotos final s. XIX). En Chimánfaya quedó destruida por las lavas otra de las tres cillas que había en la isla.

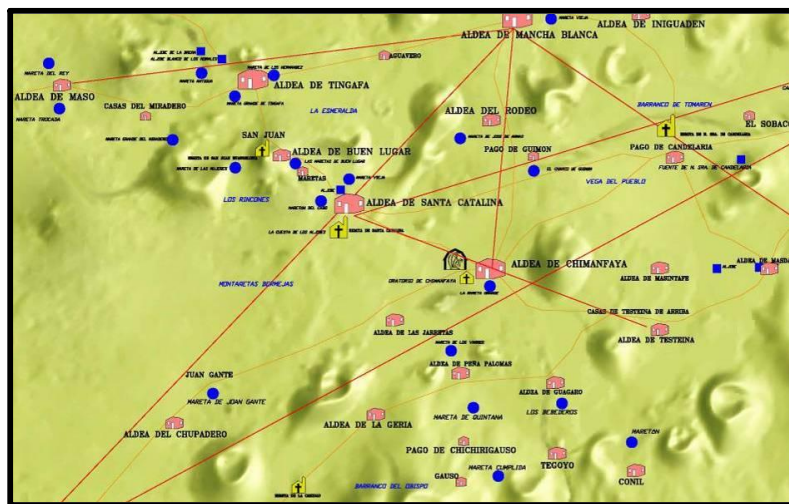


Figura I. Mapa que representa de forma aproximada las principales poblaciones afectadas por los volcanes.

NOTAS

- ¹ QUINTANA ANDRÉS, P., OJEDA BÁEZ, F. *Ecós del sufrimiento: las crisis de subsistencia en Fuerteventura y Lanzarote (1600-1800)*, Arafo, 2000.
- ² ROMERO RUIZ, C. *La erupción de Timanfaya (Lanzarote, 1730-1736). Análisis documental y estudio geomorfológico*, La Laguna, 1991.
- ³ QUINTANA ANDRÉS, P. y DE LEÓN HERNÁNDEZ, J. “Los resabios del volcán: los lanzaroteños desplazados a Fuerteventura entre 1730-1736”, en *X Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Puerto del Rosario, 1999.
- ⁴ Aún pueden observarse en algunas de estas áreas que no fueron afectadas por las coladas restos arqueológicos anteriores a las erupciones (Masdache, La Geria, La Asomada, Tinajo, etc.).
- ⁵ A(rchivo).H(istórico).P(rovincial). de L(as). P(almas). Protocolos Notariales. Legajo: 2.805.
- ⁶ DE LEÓN HERNÁNDEZ, J. y PERERA BETANCOR, M. A. “Las aldeas y zonas cubiertas por las erupciones volcánicas de 1730-36 en la isla de Lanzarote, ‘la historia bajo el volcán’”, en *VII Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Tomo I, Madrid, 1997, pp. 523-574. DE LEÓN HERNÁNDEZ, J. y QUINTANA ANDRÉS, P. “Desplazamientos poblacionales y reestructuración del hábitat en Lanzarote entre 1730-1736”, en *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, Tomo I, Arrecife, 1999, pp. 123-140.
- ⁷ TORRIANI, L. *Descripción de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1978. Torriani hace referencia a algunas zonas del norte de la isla, por Haría, Yé, Máguez, etc., cubiertas por piroclastos de erupciones recientes, aunque no históricas.
- ⁸ *Compendio brebe y fãsmoso, histórico y político, en que se contiene la cituación, población, división, gobierno produziones, fãbricas y comercio que tiene la ysla de Lanzarote en el año de 1776*, Las Palmas de Gran Canaria, 1991, p. 25. En 1764, George Glas hacía también hincapié en este efecto benefactor cuando, en su descripción de la isla, dice que “hasta estos últimos treinta años Lanzarote no produjo vinos. En ese momento hizo erupción un volcán, que cubrió muchos campos con polvillo y pequeñas piedras pómez, que han mejorado el suelo hasta tal punto, que ahora hay viñas plantadas allí, que prosperan bien”, ver GLAS, G. *Descripción de las Islas Canarias, 1764*, Santa Cruz de Tenerife, 1982, p. 32.
- ⁹ ROMERO RUIZ, C. *La erupción de Timanfaya (Lanzarote, ... op. cit.*
- ¹⁰ ROMERO RUIZ, C. *Op. cit*, p. 87.
- ¹¹ ROMERO RUIZ, C. *La erupción de Timanfaya (Lanzarote, ... op. cit.*
- ¹² En algunos de los núcleos de población del norte de Fuerteventura, donde sabemos que se asentó población de Lanzarote huyendo de los volcanes, localizamos evidencias arqueológicas de tales asentamientos, como la identificación de restos de cerámica del Mojón, exclusiva de la isla de Lanzarote.
- ¹³ ÁLVAREZ RIXO, J. A. *Historia del Puerto de Arrecife*, Santa Cruz de Tenerife, 2002, p. 127.